

De camino hacia otra parte: Jordi Nadal y la despoblación rural*

On the way to some other place: Jordi Nadal and rural depopulation

FECHA DE RECEPCIÓN: 31/10/2021

ACEPTACIÓN: 26/10/2022

Fernando Collantes ^aVicente Pinilla ^b**Palabras clave**

Jordi Nadal, despoblación rural, éxodo rural, migraciones

Resumen

En este ensayo repasamos aquellas partes de la obra de Jordi Nadal más relacionadas con la historia de la despoblación rural en España. Nadal proporciona varias claves que se insertan sin grandes tensiones en el cuadro más amplio del estado actual de la cuestión, entre ellas el papel de la industrialización como inductora de movimientos migratorios desde el campo hacia la ciudad y la decisiva aceleración que en este sentido se produjo durante la segunda parte del franquismo. Mayores tensiones encontramos en cambio en temas como el papel del cambio agrario o el futuro de la despoblación, en los que se percibe (como no podía ser de otro modo) la influencia del contexto historiográfico y demográfico en que Nadal escribió sus obras. Como conclusión incidimos en la importancia de estudiar la dinámica de la población rural como un tema interesante en sí mismo, y no como estación de paso hacia otros temas y debates..

Key words

Jordi Nadal, Rural Depopulation, Rural Exodus, Migrations

Abstract

We review those parts of Jordi Nadal's oeuvre most related to the history of rural depopulation in Spain. Nadal gives several keys that can be inserted without much tension in the bigger picture of today's state of the art, among them the role of industrialization as a driver of rural-urban migration and the crucial acceleration of migration during the second part of the Franco regime. We find more tension in topics such as the role of agrarian change or the future of depopulation, in which one can inevitably perceive the influence of the historiographic and demographic context in which Nadal wrote his major works. As a conclusion, we stress the importance of studying the dynamics of rural populations as an interesting topic in its own right, and not as a stepping stone towards other topics and controversies

a Profesor Titular de Historia e Instituciones Económicas en el Departamento de Economía de la Universidad de Oviedo, collantesfernando@uniovi.es

b Catedrático de Historia e Instituciones Económicas en el Departamento de Economía Aplicada de la Universidad de Zaragoza, vpinilla@unizar.es

*Agradecemos los comentarios de los evaluadores de la revista y los asistentes al homenaje a Jordi Nadal organizado por la ADEH y el CED. También agradecemos la financiación del proyecto "Economía agroalimentaria, globalización y desarrollo económico: una perspectiva histórica" del Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades (PGC2018-095529-B-I00).



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento - Compartir igual 4.0 Internacional © Fernando Collantes y © Vicente Pinilla

INTRODUCCIÓN

En el prefacio a su clásico *La persistencia del Antiguo Régimen*, el historiador Arno Mayer se apoyaba en una cita del también historiador Jacob Burckhardt para pedir a sus lectores que «a su libro "se lo tomara y se lo juzgara como un *todo*", y no sólo en sus partes discretas». ¹ Enfrentados ahora a la tarea de revisar la investigación de Jordi Nadal desde el prisma de la despoblación rural, no podemos evitar tener la sensación de estar examinando al detalle lo que no pasó de ser una periferia de su campo investigador. No solo fueron pocas las páginas que Nadal, a lo largo de su larguísima trayectoria, dedicó a los movimientos migratorios campo-ciudad o a los desequilibrios territoriales asociados a los mismos. Es que, además, algunas de esas páginas pasaban por ahí camino de otra parte: más que atraer la atención del lector sobre algo intrínsecamente valioso, cumplían la función instrumental de apoyar una argumentación sobre otro tema considerado en aquel momento más central.

Esto nos obliga a adoptar un enfoque necesariamente relativista, atento al contexto. Presentaremos las contribuciones de Nadal a la luz del actual estado de la cuestión sobre la historia de la despoblación rural en España. Encontraremos aportaciones e intuiciones que han soportado bien el paso del tiempo y que, en cierta forma, proporcionan un marco de partida en el que se insertan sin grandes tensiones las investigaciones especializadas que llegaron después. También encontraremos elementos que, en nuestra opinión, han corrido peor fortuna. En esos casos, nuestro interés está sobre todo en intentar contextualizar dichos elementos dentro del debate académico. Esto nos llevará a otro tema que resulta ineludible en un estudio de estas características: la evolución del pensamiento del autor a lo largo del tiempo y, en particular, las tensiones no resueltas entre visiones alternativas de un mismo tema que en retrospectiva podemos detectar dentro de su obra.

El artículo se organiza del siguiente modo. Tras esta introducción, dedicamos un apartado a describir las piezas que Nadal aporta al estudio de la historia de la despoblación rural en España. A continuación, entramos en el análisis de dichas piezas a la luz del estado actual de la cuestión. Distinguiremos para ello tres periodos: el periodo previo a la despoblación rural masiva y generalizada (hasta mediados del siglo XX), el periodo del gran éxodo rural (las décadas posteriores a 1950) y las últimas décadas hasta llegar al presente. Dedicaremos un apartado a cada uno de estos tres periodos. Las conclusiones subrayan que la principal lección de este recorrido por la obra de Nadal es que, como no podía ser de otro modo, cualquier tema se comprende mejor si ocupa un lugar central dentro del programa de investigación que si ocupa un lugar periférico. Por debajo de su aparente simplismo, esta idea resuena con más fuerza si cabe hoy día, en un momento en que, de camino hacia otros lugares, nuevas agendas académicas y políticas movilizan entusiastamente la cuestión rural en clave periférica.

1 Mayer (1981: 12).

LAS CONTRIBUCIONES DE NADAL

Jordi Nadal comenzó su carrera investigadora en el campo de la demografía histórica, y es ahí donde encontramos las que han quedado como sus principales aportaciones al tema que nos ocupa. En *La población española (siglos XVI al XX)*, publicado por primera vez en 1966, Nadal plantea dos etapas bien diferenciadas en la historia de la población española moderna y contemporánea: un ciclo demográfico antiguo compuesto por los siglos XVI y XVII y otro moderno que arranca en el siglo XVIII y llega hasta lo que, en el momento de escribir Nadal, era el presente. El análisis de Nadal de este segundo periodo, a su vez, se organiza en tres subperiodos nítidamente diferenciados: el siglo XVIII, un siglo XIX largo que se prolonga hasta la Primera Guerra Mundial y el siglo XX.

Para Nadal, el periodo verdaderamente interesante desde el punto de vista de la movilidad de la población es el siglo XX.² No es que, en su visión, no hubiera ya movimientos migratorios en el siglo XIX. Desde luego que los había y así queda recogido. La década de 1880, en particular, emerge como una divisoria de cierta entidad. Habría sido a partir de ese momento cuando habría ganado entidad la cuenca migratoria generada por la industrialización de las ciudades catalanas. Cada vez más personas habrían comenzado a desplazarse a las mismas desde las zonas rurales de regiones como Aragón, la Comunidad Valenciana o Murcia. Además, habría sido también a partir de la década de 1880 cuando la España rural se habría enfrentado al enorme shock planteado por la integración internacional del mercado de cereales, que habría revelado la falta de competitividad de buena parte de los agricultores españoles en relación con sus homólogos americanos. Esto habría vuelto redundantes miles de brazos en los campos, liberando corrientes migratorias de cierta intensidad hacia las ciudades o, sobre todo, hacia destinos ultramarinos como Argentina, Cuba u otros países latinoamericanos.

Sin embargo, se trata de corrientes que carecen de la magnitud cuantitativa y el alcance territorial que alcanzará la movilidad durante el siglo XX. Es ahí, llegado al siglo XX, cuando Nadal realiza un análisis en profundidad de los movimientos migratorios. Para Nadal, ya durante la Primera Guerra Mundial y la década de 1920 presenciamos una confluencia de factores que favorecen una mayor movilidad, desde la crisis estructural de la agricultura hasta la «expansión industrial catalana y vasca», que, al absorber buena parte del «excedente campesino», «impulsa decisivamente los desplazamientos internos».³ Esta tendencia, sin embargo, se corta durante los años treinta y cuarenta, en el marco de una dolorosa desaceleración económica. Durante la posguerra, en particular, el saldo migratorio campo-ciudad continúa siendo favorable a esta («[el] éxodo campesino ... prosigue»), pero ha visto muy recortada su magnitud.⁴ Es después, durante la impresionante aceleración económica del segundo franquismo, cuando asistimos a una explosión sin precedentes de las corrientes migratorias. Se reactiva el flujo hacia

2 Nadal (1966: 242-244).

3 Nadal (1966: 207, 257).

4 Nadal (1966: 259).

el exterior, en este caso reorientándose progresivamente desde los destinos latinoamericanos tradicionales hacia Francia, Alemania o Suiza. Y, sobre todo, se dispara la movilidad interior. Si ya en la década de 1950, «una nueva etapa de desarrollo industrial... acelera la despoblación rural e impulsa la concentración urbana», en los años sesenta «[la] aceleración del desarrollo ha provocado la aceleración, más acusada aún, del despoblamiento rural y del trasplante a la ciudad».⁵ Miles de personas abandonan los núcleos rurales y se desplazan a las ciudades:

«El sentido de la migración no ofrece dudas. Se emigra de las entidades más pequeñas en dirección a las entidades más grandes. De 1900 a 1970, el peso de los diferentes grupos ha variado, de menos a más, en forma directamente proporcional al tamaño de las entidades.»⁶

Así, la estructura del poblamiento español se ha transformado radicalmente: lo que al comienzo del periodo era aún una sociedad en la que buena parte de la población residía en el medio rural se convierte ahora en una sociedad altamente urbanizada.

Nadal opta por contar esta historia en clave provincial.⁷ Al fin y al cabo,

«cualquiera que sea el criterio para distinguir la población rural de la población urbana, puede afirmarse sin reservas la realidad de una fortísima corriente del campo a la ciudad»⁸

Así que, una vez plasmada la distribución de la población por tramos municipales, quedando constatada la pérdida de peso de los más pequeños frente a los más grandes, Nadal se centra en las migraciones que saltan límites provinciales para provocar una rápida redistribución de la población. Como incluso los municipios cuya población se mueve entre los 20.000 y los 50.000 habitantes (algunos de ellos capitales de provincia) están perdiendo peso dentro del total, «el análisis migratorio a escala provincial es más revelador que el antiguo análisis migratorio a escala municipal».⁹

Apreciamos entonces el contraste cada vez más acentuado entre el «desierto central» y Madrid.¹⁰ Provincias enteras de la España interior pasan a perder población, lo cual para Nadal es «uno de los aspectos negativos del fenómeno» del desarrollo industrial.¹¹ En un intento de subrayar la magnitud de estos cambios, Nadal lanza una impactante predicción:

«Como ... las provincias expulsoras son también las menos pobladas, no resulta aventurado predecir el momento en que algunas de ellas quedarán prácticamente borradas del mapa. De proseguir el decrecimiento actual, y en la hipótesis, por supuesto ficticia, de que

5 Nadal (1966: 259-260).

6 Nadal (1966: 246).

7 Nadal (1966: 247-262).

8 Nadal (1966: 246).

9 Nadal (1966: 247).

10 Nadal (1966: 253).

11 Nadal (1966: 259).

el despoblamiento afectase en el mismo grado a toda el área, no quedarían más sorianos a partir del año 2006, ni más conquenses a contar del año 2007, ni más turolenses desde el año 2008...»¹²

¿Por qué es esta una hipótesis «por supuesto ficticia»? En una nota a pie de página, Nadal nos aclara que algo tan extremo no llegará a ocurrir porque estas provincias, al fin y al cabo, tienen capitales que sí crecen. ¿Qué pasa entonces con las zonas rurales del resto de la provincia? Aunque Nadal no entra en el tema, su análisis desembocaría en la predicción de que, carentes de capitales de provincia, ellas sí que terminarían quedándose completamente despobladas.

El marco analítico de Nadal incorpora diversos factores, pero en gran medida estamos ante un planteamiento en el que la demanda urbana de mano de obra regula los movimientos migratorios campo-ciudad. Cuando esta demanda es poco dinámica, como ocurre en la mayor parte de España durante la mayor parte del siglo XIX, la población rural permanece en el campo. Cuando la industrialización gana consistencia y se acelera «la demanda de brazos en las zonas industriales», la población abandona los pueblos y emigra a las ciudades.¹³ Esto habría comenzado a ocurrir tras la Primera Guerra Mundial, pero los problemas de los años treinta y cuarenta habrían ralentizado de nuevo el proceso. El rápido crecimiento económico de la segunda parte del franquismo, finalmente, no solo habría restaurado condiciones propicias para una movilidad más intensa, sino que habría podido llevar tal movilidad mucho más lejos que nunca antes. Los vaivenes del crecimiento económico, liderado por un sector industrial concentrado en las ciudades, se transmiten a la demanda urbana de mano de obra y, a través de esta, a los movimientos migratorios originados en el medio rural.

Nadal regresó al tema de la movilidad de la población algunos años después, cuando en los años setenta se reorientó hacia la historia económica. El prestigioso historiador económico Carlo Maria Cipolla le encargó los capítulos dedicados a la España contemporánea en la *Fontana Economic History of Europe* que estaba coordinando. La contribución de Nadal para el siglo XIX terminó desbordándose en un libro con entidad propia, *El fracaso de la revolución industrial en España, 1814-1913*, que se publicó en 1975 y rápidamente ocupó el centro de la por entonces naciente disciplina de la historia económica en España. Aunque no hubo un libro similar para el siglo XX, un año más tarde vio la luz la síntesis de la historia económica de España entre 1914 y 1975 que Nadal, uniendo fuerzas con Josep Fontana, preparó para la compilación de Cipolla. Este también se convirtió rápidamente en un texto de referencia.

La huella de *La población española* está presente en esta inmersión de Nadal en la historia económica. *El fracaso* se abre con un capítulo sobre el cambio demográfico en la España del siglo XIX, y también el texto escrito con Fontana presta atención a la esfera demográfica durante el siglo XX corto. En lo que se refiere a los movimientos

12 Nadal (1966: 251).

13 Nadal (1966: 244).

migratorios entre campo y ciudad, se nos ofrece una imagen en gran medida similar a la ya expuesta en *La población*.

Durante el siglo XIX, como la revolución industrial fracasó en España, la demanda urbana de mano de obra nunca llegó a expandirse con gran fuerza y la mayor parte de la población del país permaneció en el medio rural. En tanto en cuanto «[la] reforma agraria [liberal] cumplió su función de liberar brazos para la industria», la población rural estaba preparada para moverse conforme fueran abriéndose oportunidades en las ciudades.¹⁴ Incluso, a partir de la década de 1880, la integración internacional del mercado de cereales generó un cierto efecto de expulsión que obligó a cada vez más campesinos y jornaleros a plantearse la posibilidad de abandonar sus pueblos. Ante la limitada capacidad de absorción de las ciudades españolas por aquel entonces, muchos optaron entonces por la emigración transatlántica. Nadal, que incluso menciona la posibilidad de que una parte de la población agraria excedente «[hinchara] en exceso los efectivos urbanos» del país, concluye que el desarrollo de la industrialización no se vio bloqueado por una supuesta escasez de mano de obra disponible para canalizarse desde el campo hacia las fábricas.¹⁵ Los factores de bloqueo estaban en otro lugar:

«La oferta de mano de obra abundante y barata, imprescindible en todo fenómeno de desarrollo económico, es una condición necesaria pero no suficiente. La industrialización es un proceso global, que no admite la eclosión del factor trabajo frente a la atrofia del factor capital o el estancamiento del mercado. Esa atrofia y ese estancamiento han sancionado durante mucho tiempo el retraso económico de España»¹⁶

Lejos de plantearnos una oferta rígida de mano de obra de origen rural, supuestamente insensible a las oportunidades que van abriéndose en otros lugares, Nadal trasplanta aquí la visión ofrecida por *La población española* sobre una movilidad regulada más bien por las demandas urbana y rural de mano de obra.

En su colaboración con Fontana acerca del siglo XX corto, Nadal también recurre a este trasplante. La emigración campo-ciudad es regulada por los vaivenes de la industrialización urbana, en combinación con los acontecimientos que se desarrollan en las propias áreas rurales. En los años posteriores a la Primera Guerra Mundial, las corrientes migratorias se intensifican. Para Fontana y Nadal, de hecho, hacia 1931 la solución a los problemas económicos de la agricultura no solo pasaba por cultivar mejor los latifundios o fomentar el regadío, sino también por fomentar la industrialización como forma de que las ciudades absorbieran los excedentes de mano de obra agraria.¹⁷ Las dificultades de los años treinta y cuarenta reducen la magnitud de dichas corrientes, pero Fontana y Nadal aseguran que, si el número de activos agrarios aumentó durante dicho periodo, ello no se debió a una supuesta inversión de las corrientes migratorias (cuyo saldo continuó siendo negativo para las áreas rurales) sino al efecto del creci-

14 Nadal (1975: 86).

15 Nadal (1975: 86).

16 Nadal (1975: 86).

17 Fontana y Nadal (1976: 122).

miento natural de la población agraria.¹⁸

Es a continuación, durante la segunda parte del franquismo, cuando el formidable avance de la industrialización va parejo a una no menos formidable reactivación de las migraciones campo-ciudad. De hecho, para Fontana y Nadal, escribiendo como lo hacen en los años setenta, «la liberación, en cantidades masivas, de mano de obra agraria es el rasgo sobresaliente de la sociedad española contemporánea».¹⁹ A ello también habrían contribuido los propios cambios registrados por la agricultura, en particular la mecanización y la consiguiente reducción de sus necesidades de mano de obra.²⁰

Hay, sin embargo, un punto en el que el Nadal de *El fracaso* se aparta del Nadal de *La población*, y es precisamente el que tiene que ver con el papel del cambio agrario. No se trata de un punto menor: se encuentra nada menos que en las conclusiones del libro, en las que se ofrece una interpretación de conjunto del desarrollo económico español y se dialoga con interpretaciones alternativas. Aquí Nadal se confronta con la tesis de la economía dual planteada por Nicolas Sánchez-Albornoz. Para Sánchez-Albornoz, inspirado por el economista del desarrollo Arthur Lewis, la economía española del siglo XIX estaba escindida entre un sector moderno, industrial, de alta productividad, y un sector tradicional, agrario, de baja productividad.²¹ Y, si no había más migraciones entre campo y ciudad, ello se debía a que el sector industrial no estaba siendo capaz de crecer con suficiente rapidez: «mediada la centuria decimonónica era visible que [el algodón] no estaba en condiciones de desencadenar la transferencia masiva de mano de obra empleada en las actividades primarias hacia otras más especializadas y, por ende, mejor remuneradas».²² En el fondo, Sánchez-Albornoz también está planteando, si bien quizá de una manera algo menos matizada que Nadal en *La población* o en el capítulo agrario de *El fracaso*, que la demanda urbana de mano de obra regula la movilidad de la población rural.

Sin embargo, contra todo pronóstico, Nadal opta por posicionarse en contra de la visión de Sánchez Albornoz. Nadal argumenta que es la modernización del sector agrario lo que permite liberar mano de obra para la industria. ¿Cuáles son los fundamentos de este nuevo argumento? Por un lado, Nadal se apoya en lo que por entonces es el estado de cuestión sobre el vínculo entre agricultura e industrialización en la Europa de los siglos XVIII y XIX:

«Para Sánchez-Albornoz, la industria debiera haber sido el motor de los cambios agrícolas. En rigor, son más numerosos los partidarios de invertir los términos y considerar los cambios agrícolas como la condición indispensable, aunque no suficiente, del despegue

18 Fontana y Nadal (1976: 152).

19 Fontana y Nadal (1976: 152). En realidad, esta frase se basa en una muy parecida que Nadal (1966: 209) ya había escrito para *La población española*.

20 Fontana y Nadal (1976: 147, 157-158).

21 Sánchez-Albornoz (1968).

22 Cfr. Nadal (1975: 239).

industrial»²³

Desde la lectura de (por ejemplo) Eric Jones, Nadal entiende que el despliegue de migraciones campo-ciudad en la España del siglo XIX estaba muy condicionado por la incapacidad del sector agrario para modernizarse y liberar mano de obra hacia otros sectores. Precisamente en la compilación de Cipolla para la que Nadal comenzó a trabajar en lo que terminaría siendo *El fracaso*, Paul Bairoch sistematizaba esta tesis, armado con una novedosa base de datos en la que podía comprobarse que los países europeos más industrializados eran también aquellos en los que los agricultores eran más productivos.²⁴ En la interpretación en aquel momento en boga, que Bairoch representa a la perfección y de la que Nadal bebe en las conclusiones de *El fracaso*, la revolución agraria es una precondition de la revolución industrial.

El otro apoyo que Nadal desarrolla en defensa de esta tesis es empírico y consiste en aplicar esta idea a Cataluña. Los cambios agrarios del siglo XVIII habrían sido la base sobre la cual pudo proceder la industrialización catalana del siglo XIX:

«El campo catalán procuró los primeros capitales a la industria; el campo catalán liberó los brazos que nutrirían a la aglomeración barcelonesa y, desde mediados del siglo XIX, las colonias fabriles instaladas en los cursos del Llobregat y alto Ter; el mismo campo absorbió, desde el origen, una parte sustancial de los tejidos indígenas»²⁵

El contraste con el resto de España sería claro. Un sector agrario tradicional, poco dinámico, habría actuado como obstáculo al proceso de industrialización, al no ser capaz (entre otras cosas) de liberar mano de obra abundante hacia las ciudades. Sin previo aviso, en unas pocas páginas al final de *El fracaso*, el Nadal demógrafo histórico que ponía el énfasis en la incapacidad de las ciudades para atraer poblaciones rurales ha sido sustituido por el Nadal historiador económico que pone el énfasis en la incapacidad de la agricultura para liberar esa mano de obra.²⁶

Como el interés de Nadal nunca estuvo directamente en el estudio de la dinámica de la población rural, y en tanto en cuanto este no pasaba de constituir una pieza instrumental dentro de su análisis sobre otros temas, resulta difícil decidir con cuál de los dos Nadales debemos quedarnos. La tensión entre ambos continuó presente en posteriores actualizaciones, revisiones y balances de su obra. Nueve años después de la publicación de *El fracaso*, Nadal realizó un balance historiográfico en el que insistía en el sector agrario como freno «innegable» a la industrialización española, citando la «lentitud en la liberación de mano de obra» como el primero de los motivos.²⁷

23 Nadal (1975: 240).

24 Bairoch (1969).

25 Nadal (1975: 240-241).

26 Con este contraste entre el Nadal historiador económico y el Nadal demógrafo histórico no pretendemos sugerir la existencia de una frontera entre dos campos de conocimiento, sino simplemente dos prioridades temáticas diferentes en unas y otras partes de la obra de Nadal.

27 Nadal (1984a: 307).

Sin embargo, en esa misma fecha publicó también la cuarta edición (actualizada y revisada) de *La población* y no incorporó a ella esta línea de argumentación. Los grandes trasvases migratorios no eran provocados por la modernización agraria, sino por [la] miseria campesina, primero, y el desarrollo económico polarizado, después.²⁸ La parte dedicada al siglo XIX siguió siendo básicamente la misma y los principales cambios se concentran en el siglo XX con objeto de incorporar los datos más recientes. Esto, por cierto, lleva a Nadal a tratar el modo en que, en el marco de la crisis económica de la década de 1970, las migraciones campo-ciudad han comenzado a perder intensidad con respecto a su apogeo de la década previa: «El paro en la industria retiene el poblamiento rural en los lugares de origen».²⁹ El «latir de la mayor parte de la España interior» continuaba siendo «agónico», pero la impactante predicción de que provincias completas quedarían totalmente despobladas ya no iba a cumplirse, «por lo menos en los términos contemplados»: «El final de la prosperidad, o la entrada en la crisis económica, desde 1973, ha tenido la virtud de reducir la hemorragia».³⁰ Una vez más, el Nadal demógrafo recurría a la idea unificadora de la demanda urbana de mano de obra como reguladora de la emigración rural.

¿CUÁNDO COMENZÓ LA DESPOBLACIÓN RURAL?

Uno de los puntos fuertes de la contribución de Nadal es que, en línea con lo que posteriores investigaciones han ido encontrando y desarrollando, existe una diferencia marcada entre los siglos XIX y XX. Aunque ambos tienen sus puntos en común, perteneciendo como lo hacen al régimen demográfico moderno de Nadal, hay una gran diferencia de escala entre la emigración campo-ciudad en uno y otro siglo. Como hoy sabemos, no es que la emigración rural-urbana comenzara con la industrialización y la urbanización. En realidad, ya durante la Edad Moderna una proporción minoritaria pero apreciable, quizá en torno al 25%, del crecimiento vegetativo de las comunidades rurales se transfería a las ciudades a través de emigración.³¹ Y no es que, una vez iniciada la industrialización española, estos flujos migratorios no se intensificaran durante algunas coyunturas y en el marco de cuencas geográficas concretas. Sin embargo, durante un largo periodo el avance de la industrialización y la urbanización fue compatible con un aumento de la población rural. Durante esta larga fase, el saldo migratorio de las zonas rurales continuó siendo negativo y probablemente comenzó a absorber proporciones del crecimiento vegetativo mayores que durante la Edad Moderna o la primera parte del siglo XIX.³² La población rural, que había crecido desde algo más de 8 millones de personas en 1787 a casi 12 en 1860, vio algo ralentizado su crecimiento. Sin embar-

28 Nadal (1984b: 235).

29 Nadal (1984b: 235).

30 Nadal (1984b: 245). Como en la primera edición, la escala del análisis continúa siendo sobre todo la provincial.

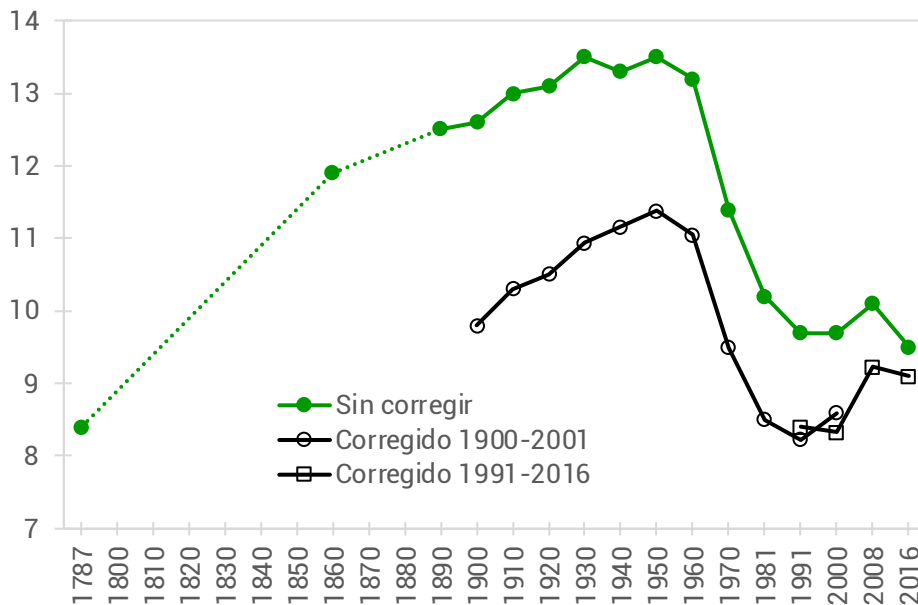
31 De Vries (1984).

32 Collantes (2001).

go, el crecimiento seguía en marcha y, en su pico histórico de 1950, la España rural aún llegó a albergar unos 13,5 millones de personas. El contraste con lo ocurrido tras 1950 es tremendo. La emigración rural-urbana se volvió masiva y generalizada, provocando hasta finales de siglo uno de los episodios más arrolladores de despoblación rural en la historia europea contemporánea (figura 1).

El modo en que Nadal evita la tentación de homologar lo ocurrido en un periodo y otro encaja bien, por tanto, con lo que hoy sabemos sobre la historia de la despoblación rural en España. Nadal rehúye aquí lo que François Simiand llamó «el ídolo cronológico» y que con tanta frecuencia desvía el discurso de los historiadores hacia la identificación de pálidos antecedentes del presente más que hacia la detección de las rupturas estructurales que se producen a lo largo del tiempo.³³

Figura 1
La población rural en España (millones de habitantes), 1787-2016



Notas: sin corregir: población de los municipios que en cada fecha tienen menos de 10.000 habitantes; corregido 1900-2001: población de los municipios que se mantienen por debajo de 10.000 habitantes a lo largo de todo el periodo 1900-2001 (Canarias excluidas); corregido 1991-2016: población de los municipios que se mantienen por debajo de 10.000 habitantes a lo largo de todo el periodo 1991-2016 (Canarias excluidas).

Fuentes: sin corregir: Tafunell (2005: 484) y Naciones Unidas (2018); corregido 1900-2001 y 1991-2016: Collantes y Pinilla (2019: 48, 215).

33 Simiand (1903: 211-212).

Nadal incluso evita una tendencia que, con el tiempo, se ha vuelto común entre los historiadores económicos: caracterizar la década de 1940 como un periodo de «re-ruralización».³⁴ Este ha venido siendo un elemento conveniente en la descripción del fracaso económico del primer franquismo. Hasta tal punto se habrían cortado las tendencias modernizadoras del primer tercio del siglo XX que, durante la posguerra, los movimientos migratorios habrían cambiado de dirección, nutriéndose en su mayor parte de poblaciones urbanas que, ante las dificultades para asegurar una cesta básica de subsistencia, regresaban a sus entornos rurales de procedencia.³⁵ Este argumento, sin embargo, no encuentra respaldo en los datos disponibles. Como ya plantea Nadal, y estudios posteriores han podido comprobar y desarrollar, en la mayor parte de la España rural el saldo migratorio continuó siendo negativo durante la década de 1940 (cuadro 1). Fueron unas migraciones venidas a menos, parcialmente contrapesadas por las migraciones urbano-rurales con tanta frecuencia aludidas, pero aun así continuaron canalizando hacia las ciudades una cierta proporción del crecimiento natural de las zonas rurales.

Cuadro 1
Estimaciones de la tasa migratoria (tanto por mil) en zonas de montaña en la década de 1940

<i>Denominación</i>	<i>Grupos de comarcas (estimación indirecta)</i>		<i>Comarcas individuales (estimación directa)</i>	
	<i>Número de comarcas</i>	<i>Tasa</i>	<i>Nombre</i>	<i>Tasa</i>
Galaico-castellana	7	-9,2		
Astur-leonesa	10	-5,4		
Cantábrica oriental	12	-8,8		
Pirineo navarro-aragonés	5	-4,2	Alto Aragón oriental	1,3
Pirineo catalán	8	7,5		
Sistema Ibérico norte	6	-10,2		
Sistema Central	9	-5,2	Jaraiz de la Vera	-3,2
Sistema Ibérico sur	11	-8,1	Sierra de Cuenca	-15,0
Subbética	10	-10,2		
Penibética	6	-12,1		
Total montaña	84	-7,2		

Fuentes: Collantes (2001: 114), Daumas (1976: 627), Gurría (1985: 258), Reher (1988: 137). La estimación indirecta lo es porque se apoya en el dato de crecimiento vegetativo del conjunto de áreas rurales de la provincia en que se encuentra enclavada cada comarca.

34 Véanse dos importantes ejemplos recientes en Carreras y Tafunell (2018: 39) y Prados de la Escosura y Sánchez Alonso (2020: 11).

35 Barciela *et al.* (2000: 300), Barciela y López (2003: 90). Es interesante apreciar que, en la compilación coordinada por el propio Barciela sobre el fracaso económico del primer franquismo, el demógrafo del equipo simplemente habla de “relativa inmovilidad de la población” en los años cuarenta y no hace ninguna mención a esa supuesta “re-ruralización” (Reher, 2003: 22).

La España rural, tomada en su conjunto, no estaba despoblándose antes de la Guerra Civil, ni tampoco se produjo una «re-ruralización» durante la posguerra. Una combinación de áridos detalles técnicos ha conspirado para consolidar tales ideas en el relato convencional. Para medir la variación de la población rural a lo largo de un periodo, necesitamos definir el espacio rural de una manera que no varíe durante dicho periodo. Este criterio, sin embargo, no se satisface cuando nos limitamos a comparar el número de personas que al comienzo y al final del periodo viven en municipios con menos de 10.000 habitantes, o cualquier otro umbral que establezcamos. De manera especialmente importante en el contexto de la España de la primera mitad del siglo XX, hay municipios que pueden comenzar el periodo teniendo menos de 10.000 habitantes y terminarlo superando ese umbral. En ese caso, su población contará como rural al comienzo del periodo y como urbana al final. Y, por tanto, cada uno de estos municipios supondrá varios miles de habitantes que, a falta de una interpretación más fina, parecerá que han abandonado el medio rural y se han desplazado a las ciudades. Desde el punto de vista estadístico, el crecimiento de lo que inicialmente era un municipio de (pongamos) 7.000 habitantes para pasar a tener (pongamos) 11.000, tendrá el mismo efecto que si todos y cada uno de sus 7.000 habitantes hubieran emigrado en masa hacia una ciudad próxima. Es preciso corregir nuestras estimaciones de la variación de la población rural tomando una delimitación constante del territorio rural que deje fuera a aquellos espacios que con el tiempo terminarán convirtiéndose en urbanos.

El cuadro 2 nos muestra hasta qué punto este detalle técnico es relevante para precisar la evolución de la población rural española en las décadas centrales del siglo XX. En él tomamos como rurales los municipios con menos de 10.000 habitantes. Aclaremos que se trata sin duda de un criterio simplificador. La escala municipal puede contener en su interior una combinación de realidades urbanas y rurales, lo cual haría más aconsejable trabajar por localidades o, aún mejor, por celdas territoriales.³⁶ Además, este umbral (o cualquier otro por el que apostemos) no puede captar una variedad de casuísticas regionales y locales de manera tan informativa como lo haría una definición basada en una gama más amplia de variables territoriales y sociodemográficas: puede ser más rural una "agrociudad" del sur del país que un pequeño municipio situado en el área de influencia de Madrid, por poner un ejemplo.³⁷ Con todo, nuestro criterio conduce a estimaciones de la población rural similares a las producidas mediante celdas territoriales y se beneficia del hecho de que buena parte de los sesgos regionales y locales tienden a cancelarse entre sí, cosa que no ocurriría en tanta medida con umbrales más restrictivos (como los 2.000 habitantes) o más inclusivos (como los 20.000). Lo que es clave no es tanto el umbral en sí, sino la corrección de las distorsiones derivadas de la urbanización de espacios rurales próximos a las grandes ciudades.³⁸ Como muestra el cuadro 2, si no realizáramos esta corrección, parecería que la despoblación de la

36 Tal y como hacen Goerlich y Cantarino (2015).

37 Véase Recaño (2017) para una interesante aproximación multivariable a la definición de distintos tipos de espacio rural.

38 Véase Collantes y Pinilla (2019: 27-32) para una discusión de distintas definiciones de la ruralidad y la estrategia empírica para captar el cambio demográfico rural.

España rural comenzó en la década de 1930.³⁹ Si hacemos la corrección, en cambio, tal momento se retrasa a la década de 1950. Aunque un grupo importante de comarcas rurales había comenzado a perder población en las décadas previas a la Guerra Civil, o en algún caso incluso desde mediados del siglo XIX, la España rural, tomada en su conjunto (y una vez excluidos aquellos municipios que con el tiempo terminarían convertidos en urbanos), no lo hizo hasta mediado el siglo XX.⁴⁰

Cuadro 2

La evolución de la población rural española, 1900-1991

	Población rural (millones)		Tasa de variación acumulativa anual (%)	
	No corregido ^a	Corregido ^b	No corregido ^a	Corregido ^b
1900	12,6	9,8		
1910	13,0	10,3	0,3	0,5
1920	13,1	10,5	0,1	0,2
1930	13,5	10,9	0,3	0,4
1940	13,3	11,2	-0,2	0,2
1950	13,5	11,4	0,1	0,2
1960	13,2	11,0	-0,2	-0,3
1970	11,4	9,5	-1,5	-1,5
1981	10,2	8,5	-1,1	-1,0
1991	9,7	8,2	-0,5	-0,3

Notas: ^a Municipios que tenían menos de 10.000 habitantes en la fecha correspondiente; ^b Municipios que se mantuvieron con menos de 10.000 habitantes durante todo el siglo XX (Canarias excluidas).

Fuentes: no corregido: Tafunell (2005: 484); corregido: Collantes y Pinilla (2019: 48).

Visto desde esta luz, el aumento de la población rural durante la década de 1940 no supone una «re-ruralización», sino simplemente la prolongación de una larga fase de crecimiento de la población rural. Es cierto que la guerra y la posguerra detuvieron la tendencia hacia el cambio ocupacional que se había iniciado en la década de 1910. Con todo, la «re-agrarización» de la economía española fue probablemente de una magnitud mucho más modesta que la que sugieren las cifras censales, que subestiman el número de activos agrarios de 1930.⁴¹ Sea como fuere, es importante no tomar por intercambiables lo rural, que se refiere a un territorio, y lo agrario, que se refiere a un sector productivo. Como antes de la guerra, la población rural continuó creciendo. El

39 O incluso antes si, como hace Jiménez Blanco (1986: 72), consideramos rurales solo los municipios con menos de 2.000 habitantes y no tenemos en cuenta sus posibles transiciones al tramo superior de 2.000-10.000 habitantes.

40 Sobre los episodios tempranos de despoblación en comarcas como las del Pirineo y el Sistema Ibérico, véanse Collantes (2004a) y Collantes y Pinilla (2019).

41 Erdozáin y Mikelarena (1999).

saldo migratorio de las zonas rurales continuó siendo por lo general negativo, pero ahora pasó a ser de menos magnitud que en épocas de bonanza económica (en especial, la década de 1920). En consecuencia, lejos de desencadenar la despoblación de las zonas rurales, se limitó (como venía ocurriendo desde largo tiempo atrás) a canalizar hacia las ciudades una parte del crecimiento natural positivo de aquellas.

¿UN ÉXODO RURAL EXCESIVAMENTE TARDÍO?

¿Qué hay de la postura adoptada por Nadal en *El fracaso*, y mantenida en posteriores ocasiones, acerca de que la emigración campo-ciudad fue demasiado lenta, erigiéndose en uno de los múltiples frenos que impidieron una industrialización más rápida durante el siglo XIX largo? Puesto en términos del debate sobre la despoblación rural: ¿debería esta haber empezado antes de lo que lo hizo? Los datos no lo sugieren así. Es cierto, claro está, que la despoblación rural comenzó más tarde en España que en Inglaterra o Francia. También lo hizo, si eso es a lo que vamos, en otro país de la periferia mediterránea como Italia. Mientras que en Inglaterra y Francia la despoblación del medio rural arrancó en la década de 1860, la población rural continuaría creciendo en la Europa mediterránea hasta mediado el siglo XX. Sin embargo, esta cronología tardía no parece representar una anomalía una vez que controlamos por los distintos niveles de desarrollo económico de unos y otros países, así como por sus distintos patrones de transición demográfica. Teniendo en cuenta que España tardó más tiempo en alcanzar niveles altos de ingreso por persona, y teniendo en cuenta que su crecimiento vegetativo no fue en modo alguno tan moderado como por ejemplo el francés, no parece que nos encontremos ante una anomalía.⁴²

En este punto podemos abandonar al Nadal historiador económico para escuchar al Nadal historiador de la población, que en realidad proporciona dos pistas muy fructíferas para explicar por qué la emigración campo-ciudad no fue más intensa durante el siglo XIX e incluso las primeras décadas del XX. La primera es la idea de la demanda urbana de mano de obra como reguladora de la emigración rural. La investigación en contabilidad nacional histórica realizada por Leandro Prados de la Escosura nos ha mostrado que, después de todo, el cuadro de una economía dual presentado por Nicolás Sánchez-Albornoz (y que en no poca medida motivó la reacción del Nadal historiador económico en clave de precondiciones agrarias para la industrialización) no deja de tener su base empírica.⁴³ Tanto en el siglo XIX como en realidad hasta el día de hoy, la productividad del sector agrario se mantuvo notablemente por debajo de la del resto de la economía española. Se trata del escenario planteado por Simon Kuznets en su análisis estilizado del «crecimiento económico moderno»: esta brecha de productividad motivaría trasvases

42 Collantes y Pinilla (2019: 195-200).

43 Prados de la Escosura (2003).

intersectoriales de población conforme fuera avanzando dicho crecimiento.⁴⁴ Y, en efecto, como plantea el Nadal historiador de la población (y por momentos también el propio Nadal historiador económico), los vaivenes del crecimiento económico y, por extensión, de la demanda urbana de mano de obra condicionaron claramente el ritmo al que la población rural iba trasvasándose hacia las ciudades. Encontramos una cierta correspondencia entre la tasa de crecimiento del PIB per cápita del conjunto del país y la tasa migratoria de las zonas rurales.⁴⁵ Durante el siglo XIX largo, la demanda urbana de mano de obra creció con lentitud, absorbiendo una proporción creciente pero aún modesta de la reserva demográfica rural que, vinculada como lo estaba a una agricultura de baja productividad, podía potencialmente llegar a emigrar hacia las ciudades. En realidad, no sería hasta la década de 1950 cuando la economía española alcanzaría un ritmo de crecimiento capaz de llevar los movimientos migratorios a otro orden de magnitud.

La segunda pista que ya podemos encontrar en Nadal es el papel de la geografía y, en general, de los factores que (como en la mayor parte de países europeos) movían a la población rural a hacer un uso cauto de las oportunidades que iban abriéndose en las ciudades. En una reseña por lo demás elogiosa de *El progreso económico de España* de Prados de la Escosura, Albert Carreras se pregunta: ¿serán realmente correctos los datos que en el libro se ofrecen sobre la baja productividad relativa de la agricultura? ¿No debería esa sustancial brecha de productividad haber estimulado movimientos migratorios más intensos?⁴⁶ Por aquel entonces, sin embargo, una nueva generación de estudios estaba ayudando a encajar las piezas: la emigración campo-ciudad implicaba diversos tipos de coste y, en consecuencia, una notable brecha de productividad e ingreso podía ser consistente con unas migraciones campo-ciudad moderadas sin que ello implicara que el mercado laboral español estuviera mal integrado.

El hecho de que, como Nadal detecta, una de las principales cuencas migratorias fuera la que conectaba a las ciudades industriales catalanas con regiones como Aragón y la Comunidad Valenciana refleja la importancia de la proximidad como factor mitigador de los costes asociados a la emigración. Amplias regiones del país estaban demasiado lejos de los focos industriales más dinámicos, por lo que para sus poblaciones la emigración hacia las ciudades conllevaba un coste considerable y una menor disponibilidad de información. Además, una vez que estas cuencas migratorias de corta distancia comenzaban a conformarse, había una inercia que tendía a reforzarlas: la presencia en una ciudad más o menos próxima de familiares y antiguos vecinos favorecía la emigración porque permitía afrontar con mayor solvencia las dificultades e incertidumbres que pudieran experimentarse en materia de empleo o vivienda. No solo durante el siglo XIX sino también durante las primeras décadas del siglo XX este patrón migratorio a corta distancia nos ayuda a explicar que la emigración rural-urbana no alcanzara mayores dimensiones.⁴⁷

44 Kuznets (1966).

45 Collantes (2001: 128), Collantes y Pinilla (2019: 83-84).

46 Carreras (2004: 511-512).

47 Silvestre (2001; 2005).

Es probable que el lento avance de la alfabetización en buena parte del país contribuyera también a moderar la propensión migratoria de la población rural.⁴⁸ Un papel similar pudo desempeñar también la propia pobreza de las clases sociales más bajas del medio rural, que podría haberles dificultado asumir los diversos costes del movimiento.⁴⁹ A esto aún tenemos que añadir el papel desempeñado por los graves problemas que presidieron la vida urbana durante la mayor parte del siglo XIX, en especial las crisis de subsistencias y las deficientes condiciones de salud pública. Aunque a lo largo del medio siglo previo a la Guerra Civil se producirían importantes progresos en ambos campos, lo cierto es que la «penalización rural» en el acceso a infraestructuras y servicios no llegó a ser tan marcada como sería al caso a partir de mediado el siglo XX.⁵⁰

En suma, el mercado laboral español presentaba un grado de integración muy razonable.⁵¹ La población rural era receptiva a las oportunidades que iban abriéndose en las ciudades. Era tan receptiva, de hecho, que recurría con frecuencia a las migraciones temporales como mecanismo para complementar su estrategia de reproducción agraria con ingresos extra ganados en el medio urbano.⁵² No se trataba, sin embargo, de corrientes migratorias movidas por la desesperación y llamadas a generar grandes bolsas de marginalidad urbana. La población rural emigraba a las ciudades al ritmo pausado que le sugerían el ritmo y la geografía del crecimiento económico del país y, una vez en ellas, se insertaban razonablemente bien en su nuevo medio social.⁵³

En no pocas regiones del país, especialmente en la mitad sur (donde se reunían pobreza, analfabetismo y lejanía de los principales focos industriales), esto no era en modo alguno suficiente para provocar la despoblación del medio rural. En realidad, como hemos visto, la población del medio rural español, tomado en su conjunto, continuó creciendo hasta 1950. Pero, desde luego, estas fuerzas sí fueron suficientes para provocar la despoblación en algunas comarcas rurales concretas.⁵⁴ Once de las trece comarcas del Pirineo comenzaron a despoblarse ya en la segunda mitad del siglo XIX.⁵⁵ De manera menos generalizada pero igualmente llamativa, también encontramos procesos comarcales de despoblación en buena parte de la Cordillera Cantábrica y alrededores (en especial, en las sierras alavesas) y el Sistema Ibérico (por ejemplo, en las sierras riojanas). Durante las primeras décadas del siglo XX, la despoblación continuaría en la mayor parte de estas comarcas y se extendería a otras vecinas. Como caso extremo, el Valle de Arán llegó a 1950 con menos de un 60% de la población que había llegado a tener en 1860. Otras 37 comarcas de montaña, sobre un total de las 84 que componen las principales cordilleras

48 Núñez (1993), Collantes (2004b: 37-43).

49 Sánchez-Alonso (2000) desarrolla esta argumentación para el caso de la emigración al exterior y Silvestre (2005) para la emigración interior en el caso del Andalucía.

50 Collantes y Pinilla (2019: 88-91).

51 Rosés y Sánchez Alonso (2003).

52 Collantes (2004a: 125-129), Silvestre (2007).

53 Silvestre *et al.* (2015).

54 Erdozáin y Mikelarena (1996).

55 Ayuda y Pinilla (2002).

del país, llegaron a mediados del siglo XX con una población inferior a la de un siglo atrás. En estos casos, el flujo migratorio sí que llegó a exceder el saldo vegetativo.

Estos episodios de despoblación rural temprana nos ofrecen un buen ángulo desde el cual examinar el papel del cambio agrario. Ni en el Pirineo ni en el Sistema Ibérico encontramos unos sistemas agrarios particularmente dinámicos. En ambos casos, la ganadería extensiva de largo recorrido se vio envuelta en una grave crisis de rentabilidad conforme la reforma agraria liberal y el crecimiento demográfico del país complicaron el acceso a los pastos de invierno de las tierras bajas. Hubo cierta reconversión hacia la ganadería estabulada, pero en pocos casos una tendencia decidida hacia la intensificación. La actividad agrícola, por su parte, continuó orientada hacia un policultivo bastante básico. En otras palabras, no hubo nada parecido a la revolución agraria que Nadal o Bairoch podían tener en mente. Y, sin embargo, sí hubo despoblación. La clave no era tanto la capacidad de la agricultura para liberar mano de obra como la capacidad de las ciudades para atraerla. En cambio, en otras partes de la montaña española, la capacidad para redefinir los sistemas agropecuarios dentro de la nueva división espacial del trabajo configurada por la industrialización y la urbanización fue uno más de los factores que favoreció un aumento de la población. Es el caso de la especialización en vacuno lechero en partes de la Cordillera Cantábrica o la orientación hacia el olivar en partes de las sierras subbéticas. También, abandonando las montañas, es el caso de las tierras bajas aragonesas en las que se expandió la agricultura de regadío. En estos casos, aunque los cambios agrarios no serían suficientes para frenar el drenaje migratorio después de 1950, sí permitían absorber sin grandes tensiones una proporción notable del crecimiento vegetativo de las comunidades rurales.

Un problema de fondo de la interpretación del Nadal historiador económico es que el estado de la cuestión en que se apoya para dilucidar el papel del cambio agrario se ha visto severamente corregido por generaciones posteriores de investigadores. Una nueva visión ha ido imponiéndose y, en ella, el sentido de la causalidad es más potente en la dirección inversa.⁵⁶ Es decir, sin perjuicio del papel que un sector agrario dinámico puede cumplir a la hora de favorecer el crecimiento del conjunto de la economía nacional, lo que se subraya hoy es más bien el papel que el dinamismo industrial y urbano puede cumplir a la hora de estimular el crecimiento del sector agrario: una demanda más dinámica que permite a los agricultores recoger ganancias de productividad derivadas de la especialización, así como una succión de mano de obra que incentiva el cambio tecnológico y descarga al sector de sus bolsas de población subempleada. La correlación encontrada por Bairoch entre industrialización y productividad agraria no demuestra que la revolución industrial requiera una revolución agraria previa: también es compatible con una dinámica en la que es más bien el crecimiento industrial el que estimula el crecimiento agrario.⁵⁷ La perspectiva que enfatizaba que la revolución agraria era un prerrequisito para el despegue de la revolución industrial fue la predominante en los años en que Nadal escribió su trabajo y es por ello natural que se viera influido por esa línea de pensamiento.

56 Lains y Pinilla (eds.) (2009).

57 El propio Bairoch (1969: 508-509), de hecho, ya realiza algunas sugerencias en este otro sentido de la causalidad.

Desde este ángulo podemos posicionar las limitaciones del cambio agrario español del siglo XIX y las primeras décadas del XX dentro de un relato menos atormentado.⁵⁸

LAS CAUSAS DEL ÉXODO RURAL

La visión que Nadal ofrece de la despoblación rural durante el segundo franquismo ofrece un buen punto de partida hacia lo que hoy sabemos sobre el tema. La aceleración del crecimiento económico y la culminación de la industrialización abrieron numerosas oportunidades para que las poblaciones rurales se trasladaran a las ciudades. El supuesto implícito que hay en este razonamiento es que la emigración hacia la ciudad podía suponer una mejora del nivel de ingreso y de consumo. Las estimaciones de estas variables de que hoy disponemos así lo confirman, mostrándonos una notable brecha entre medio rural y medio urbano.⁵⁹ Todavía hacia finales de la década de 1960, cuando la propia dinámica migratoria estaba comenzando a moderar esta brecha, la renta per cápita de las principales comarcas montañosas del país era apenas dos tercios de la renta per cápita urbana. Dentro de las comunidades rurales, las poblaciones con empleos no agrarios se enfrentaban a una brecha más pequeña, pero una mayoría de hogares agrarios sufrían una aún mayor. ¿Qué significaba esto en el contexto de la naciente sociedad de consumo de masas del desarrollismo franquista? Entre otras cosas, significaba que los hogares agrarios quedaban muy por detrás del resto a la hora de ir incorporando a su vida cotidiana bienes como el automóvil, la televisión o los nuevos electrodomésticos para el hogar. En otras palabras, la demanda urbana de mano de obra podía cumplir un papel fundamental como reguladora de las corrientes migratorias que salían del medio rural porque, en efecto, había una diferencia marcada entre el nivel de ingreso y consumo de las poblaciones rurales y urbanas.

Incluso lo que podrían parecer tensiones internas en la obra de Nadal quedan diluidas a la luz de investigaciones posteriores, sobre todo en lo que tiene que ver con el papel del cambio agrario en la explicación del gran éxodo rural. Aquí parecería que tenemos de nuevo dos Nadales: uno que, en la fulgurante transformación de la agricultura española del segundo franquismo, con su masiva introducción de tractores, fertilizantes y piensos industriales, encuentra finalmente ese «momento Bairoch» en el que el sector aumenta tanto su productividad que pasa a estar en condiciones de liberar grandes cantidades de mano de obra hacia el resto de sectores; y otro que interpreta el cambio tecnológico agrario como resultado del encarecimiento de los salarios agrícolas provocado, a su vez, por el fuerte tirón de la demanda urbana de mano de obra. ¿Con cuál quedarnos? Desde el estado actual de la cuestión, la respuesta está clara: con los dos.

La teoría de la innovación inducida, según la cual la adopción de cambios tecnológicos

58 Clar y Pinilla (2009), Gallego (2001).

59 Collantes y Pinilla (2019: 116-119).

depende del precio relativo de los distintos factores que intervienen en el proceso productivo, es insuficiente por sí sola para explicar el itinerario tecnológico seguido por la agricultura española durante el segundo franquismo o, si eso es a lo que vamos, durante los dos últimos siglos. No cabe ninguna duda de que también influyeron otras dimensiones del «sistema de innovación», incluyendo la disponibilidad de nuevas innovaciones a nivel internacional o las políticas de «modernización» agraria implantadas por la dictadura.⁶⁰ Sin embargo, como mostraron concluyentemente los trabajos de José Luis Naredo o Joan Martínez Alier que probablemente inspiraron aquí a Nadal, la innovación inducida forma parte de esa explicación multifactorial.⁶¹ Desde este punto de vista, una de las consecuencias de la despoblación rural fue acelerar las tendencias hacia un cambio tecnológico ahorrador de mano de obra, que permitió a los agricultores adaptar su estrategia productiva a las condiciones de una sociedad rural en la que la mano de obra no era ya tan abundante como en el pasado.

Pero ¿qué hay del «momento Bairoch»? Como se ha señalado en el apartado anterior, es dudoso que algún tipo de «revolución agraria» fuera precondition necesaria de la despoblación rural. Dicho esto, no cabe duda tampoco de que, una vez puesta en marcha una senda de cambio agrario tan ahorradora de mano de obra (debido, insistimos, a una variedad de factores que no puede reducirse a la simple dinámica del mercado laboral agrario), la mecanización solo podía contribuir a volver a las poblaciones rurales aún más sensibles a las oportunidades que estaban abriéndose en las ciudades. Además, el aumento de la productividad agraria aseguró el abastecimiento alimentario de las ciudades en un momento en que estas se expandían con enorme rapidez. Puede que la demanda urbana de mano de obra no se hubiera expandido con tanta fuerza durante tanto tiempo si paralelamente no se hubieran producido estas transformaciones en el campo. La «revolución agraria» no era una precondition necesaria para que se desencadenaran flujos migratorios sustanciales hacia la ciudad, pero eso no quiere decir que, una vez puesta en marcha, no actuara en la dirección de favorecer una despoblación rural más generalizada y profunda de lo que habría sido el caso en su ausencia. Esta fue una situación común en la mayor parte de Europa occidental tras la Segunda Guerra Mundial. Para evitarla, era preciso un patrón particularmente temprano de desarrollo en el que las comunidades rurales se vieran expuestas a la atracción urbana antes de que estuvieran disponibles las tecnologías agrarias más ahorradoras de mano de obra, como (con ciertos matices) podríamos decir que ocurrió en la Inglaterra del siglo XIX.⁶² En países que, como España (o Italia o, en no poca medida, la propia Francia), llegaron a mediados del siglo XX con una gran reserva de población agraria de baja productividad, la sinergia entre crecimiento industrial y modernización agraria estaba llamada a provocar grandes pérdidas demográficas en el medio rural. En suma, si en la cuestión del papel del cambio agrario encontramos dos Nadales, es por un buen motivo: la causalidad funcionaba en ambos sentidos.

Otra cosa es que el desarrollo de la investigación haya incorporado piezas adicionales

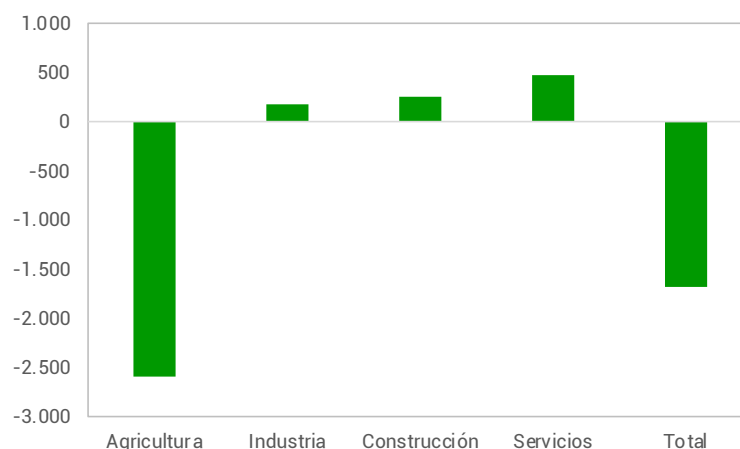
60 Pujol y Fernández Prieto (2001).

61 Naredo (1971), Martínez Alier (1968).

62 Collantes y Pinilla (2019: 200-207).

les a este núcleo explicativo originalmente formado por la demanda urbana de mano de obra y la transformación agraria. Una de ellas tiene que ver con el papel de las actividades no agrarias dentro de la economía rural.⁶³ Aunque todavía en demasiadas ocasiones los términos «agrario» y «rural» se utilizan como intercambiables, lo cierto es que en los territorios rurales siempre hubo y continúa habiendo poblaciones que se emplean en sectores diferentes del agrario. En nuestro caso, su importancia analítica es muy grande. Los trasvases kuznetsianos de mano de obra entre sectores no tienen por qué traducirse necesariamente en grandes trasvases territoriales de población rural hacia las ciudades. Si las economías rurales son capaces de diversificarse y ofrecer a sus habitantes oportunidades de empleo más allá de las agrarias, entonces el cambio ocupacional dentro de la economía rural puede actuar como sustituto (o, cuando menos, como mitigador) de la emigración hacia las ciudades. Unas cuantas comarcas rurales españolas, de hecho, así lo muestran para el periodo posterior a 1950. En las proximidades de los focos industriales de Cataluña, el País Vasco o la Comunidad Valenciana encontramos casos de notable diversificación hacia el sector manufacturero. En zonas de montaña con entornos particularmente bien dotados, como en buena parte del Pirineo, fueron el turismo y las segundas residencias los que abrieron nuevas oportunidades a la población. En estos casos, las pérdidas poblacionales fueron más modestas o incluso inexistentes. Sin embargo, la mayor parte de comarcas rurales carecieron de un dinamismo tal en los sectores no agrarios. La segunda revolución tecnológica, cuya culminación lideró el crecimiento económico español del segundo franquismo, se caracterizaba por una geografía industrial particularmente concentrada. Las economías de aglomeración y las economías externas eran potentes y no dejaban mucho espacio para la diversificación rural, especialmente en aquellas comarcas más remotas y con menor densidad de población. En las décadas posteriores a 1950, la creación de empleo en los sectores rurales no agrarios fue apreciable, pero apenas pudo absorber a una pequeña parte de las poblaciones agrarias que buscaban otra ocupación (figura 2).

Figura 2
Variación (en miles de personas) de la población activa rural, 1950-1991



Fuente: Collantes y Pinilla (2019: 98, 162).

63 Collantes (2004a: 149-164, 218-223), Collantes y Pinilla (2019: 106-110, 148-152).

Otra clave interpretativa que podemos añadir se refiere a las motivaciones de los emigrantes. Las brechas de ingreso y consumo eran elocuentes, pero ¿es esta la única razón por la que se produjo el éxodo rural? Cuando menos, había otro desequilibrio entre medio rural y medio urbano que también pesó de manera importante en la decisión de emigrar.⁶⁴ En la mayor parte de comarcas, la población rural se enfrentaba a un peor acceso a toda una gama de equipamientos, infraestructuras y servicios que, en la España del segundo franquismo y más allá, iban conformando el estándar de lo que se consideraba un nivel de vida razonable. El agua potable, el alcantarillado y la electricidad llegaban al medio rural más tardíamente que a las ciudades⁶⁵. El acceso a servicios comerciales, financieros, educativos y sanitarios era más complicado que en las ciudades. La dotación de carreteras o vías férreas también era peor. Además, algunos de estos elementos fueron retroalimentándose con la propia despoblación. La pérdida de escala demográfica amenazó la viabilidad de no pocos de estos servicios, desde el pequeño comercio generalista hasta la oficina bancaria, pasando por la escuela, el consultorio médico y el autobús de línea. Esta auténtica «penalización rural» en el bienestar fue importante en la toma de decisiones de los emigrantes. Para muchos adultos jóvenes, la cuestión no era solo que la ciudad ofreciera la posibilidad de acceder a un empleo mejor remunerado. Ofrecía también la posibilidad de que sus hijos accedieran en mejores condiciones a una educación de calidad, o de que sus padres tuvieran por delante un horizonte más amable en materia de atención médica y hospitalaria.

Las motivaciones de los emigrantes también iban más allá de la secuencia kuznetsiana en al menos otro sentido: la desigualdad de género.⁶⁶ En España, como en otros países, el éxodo rural tuvo un componente femenino aún más acentuado que el masculino. La dinámica de los mercados laborales en uno y otro lugar por supuesto tenía algo que ver. Para muchas mujeres jóvenes, la ciudad abría oportunidades laborales que no estaban disponibles en el pueblo, especialmente en el muy expansivo sector terciario. Pero no era solo el empleo. Era también una cuestión de acceder a una atmósfera social más abierta, en la que las mujeres podían aspirar a un estilo de vida más satisfactorio. Los datos disponibles para comienzos de la década de 1990 (una fecha evidentemente nada temprana) nos muestran una enorme discriminación de género en el uso del tiempo dentro de los hogares agrarios. Sumando el tiempo dedicado a trabajos productivos y a trabajos reproductivos, las mujeres agrarias trabajaban casi cuatro horas al día más que sus maridos. Los estudios sociológicos retrospectivos nos han mostrado cómo (no en vano) fueron las propias madres agricultoras las que desde muy pronto modelaron para sus hijas una trayectoria alejada de tal modo de vida.

Aunque estas claves interpretativas pueden encajarse sin mayores tensiones con aquellas otras que Nadal sí señala, su presencia nos llama la atención acerca de la principal insuficiencia del análisis de Nadal: la adopción de la provincia como escala dominante del análisis. Nadal razona continuamente en términos de movimientos

64 Collantes (2004a: 193-206), Collantes y Pinilla (2019: 120-126, 152-153).

65 Ver para la electricidad Garrués-Irurzun e Iriarte-Goñi (2022).

66 Collantes y Pinilla (2019: 126-130).

migratorios desde el campo hacia la ciudad y, de manera coherente con ello, ofrece algunos datos sobre la distribución de la población española por municipios según su tamaño demográfico. Esto encajaba bien con la problematización de la despoblación rural que, rompiendo con el discurso oficial de la tecnocracia agraria franquista, comenzaban a articular algunos comentaristas de la época.⁶⁷ Sin embargo, cuando llega el momento de profundizar, Nadal asegura que la escala provincial es más relevante, probablemente queriendo decir que el proceso de urbanización implicó una redistribución de la población más drástica que el simple trasvase del campo a la ciudad: una redistribución desde un gran número de provincias «perdedoras» hacia un pequeño número de provincias «ganadoras». Esto termina desdibujando a las propias comunidades rurales, que a partir de ese momento desaparecen de escena. La posibilidad de un cambio ocupacional dentro de la propia economía rural como factor mitigador de la despoblación, en particular, queda fuera ya de este marco de análisis. Las motivaciones de los emigrantes relacionadas con la «penalización rural» o la brecha de género podrían haber entrado en él, pero de una manera forzosamente diluida por el efecto de las ciudades existentes en las provincias «perdedoras». Nadal asegura que «[con] seguridad si de los partidos judiciales descendiéramos al municipio, la tendencia sería aún más patente y estremecedora», pero no se adentra en tal análisis.⁶⁸ Su énfasis está en los contrastes provinciales y su punto de llegada va a ser, en realidad, el modo en que dichos contrastes han sido vistos desde distintos discursos políticos territoriales, entre ellos el nacionalismo catalán.

MÁS ALLÁ DE LA FASE "CLÁSICA" DEL ÉXODO RURAL

Que, a mediados de los años sesenta, Nadal proyectase la imagen de un medio rural sin más perspectiva que la de continuar despoblándose hasta quedar casi sin población alguna no puede sorprendernos. Al fin y al cabo, escribía en el momento álgido de la despoblación rural en España. ¿Qué perspectivas podía haber entonces de un cambio de fase? Hacia mediados de los años ochenta, cuando Nadal revisa por cuarta vez *La población española*, los nuevos datos disponibles sobre lo que ha ocurrido en los años setenta le mueven a introducir alguna matización. De manera consistente con el papel que la demanda urbana de mano de obra tiene en su análisis de largo plazo como reguladora de las migraciones campo-ciudad, Nadal argumenta que la crisis económica de los años setenta ha supuesto una ralentización de los grandes trasvases poblacionales. El cambio era más coyuntural que estructural.

En retrospectiva, sabemos que la ralentización de la despoblación rural tenía ya también un componente estructural. Sin perjuicio de que el cambio de coyuntura económica redujera el abanico de oportunidades disponibles en las ciudades, también

67 Paniagua (2016).

68 Nadal (1966: 253).

hay que tener en cuenta que, por su propia naturaleza, unos movimientos migratorios tan vigorosos no podían continuar indefinidamente. El gran éxodo del segundo franquismo había comenzado a desestructurar la pirámide por edades de las comunidades rurales. Dado que los jóvenes y los adultos jóvenes eran los que más participaban en los movimientos migratorios, las comunidades rurales comenzaron a envejecer con rapidez. Y, en consecuencia, su reserva demográfica de emigrantes potenciales comenzó a decaer. Esta dinámica se acentuaría durante las décadas de 1980 y 1990: la reactivación del crecimiento económico no necesariamente iba a suponer ya una reactivación de las migraciones rural-urbanas, o al menos no en la dimensión que estas habían alcanzado durante el segundo franquismo. De manera análoga, los intensos desplazamientos migratorios habían venido impulsando una cierta convergencia «por defecto» del ingreso per cápita rural frente al urbano. El abandono del medio rural por parte de poblaciones con ingresos bajos había favorecido que la renta per cápita de estos territorios creciera algo más deprisa que la urbana. En otras palabras, en el tramo final del siglo XX no había ya ni tantos emigrantes potenciales ni tanta brecha económica que intentar cerrar a través de la emigración.⁶⁹

Pero, al fin y al cabo, ¿no suponía el envejecimiento rural una prolongación de la despoblación por otras vías? Como han señalado desde entonces numerosos investigadores y comentaristas, la despoblación tenía mucho más recorrido que los movimientos migratorios que la originaron. Ya en la década de 1970, las comarcas rurales del país estaban comenzando a perder población también por un segundo motivo: las defunciones habían comenzado a superar a los nacimientos. Este es un punto de inflexión que la mayor parte de la España rural terminaría alcanzando antes o después durante el tramo final del siglo XX. Con el tiempo, el saldo vegetativo negativo terminaría convirtiéndose en la principal causa de la despoblación rural. ¿Qué perspectivas, se preguntaban muchos dentro y fuera del medio rural, podía haber de que este círculo vicioso se revirtiera? Solo unas contra-corrientes migratorias de la ciudad hacia el medio rural o flujos procedentes de otros países podían hacerlo, pero ¿quién querría desplazarse a unas comarcas rurales marcadas por el declive, el envejecimiento y las dificultades para mantener una dotación razonable de equipamientos y servicios? La imagen de un medio rural dirigiéndose sin remedio hacia el hundimiento total ha sido propuesta una y otra vez desde los tiempos en que Nadal imaginaba una provincia de Soria sin más habitantes que los de su capital hasta nuestros días, cuando comentaristas como Sergio del Molino hablan de una «España vacía» marcada por «ese círculo vicioso que parece un desagüe al que ninguna mano acierta a poner el tapón».⁷⁰

Y, sin embargo, los años 2006, 2007 y 2008, señalados por Nadal como los de la emi-

69 Collantes (2004a: 46-51, 194-195), Collantes y Pinilla (2019: 159-171). La poco convincente interpretación de Tafunell (2005: 459), según la cual la incorporación a la Política Agraria Común habría ralentizado la emigración campo-ciudad, pasa por alto que la PAC no evitó que siguiera produciéndose una drástica reducción en el número de agricultores, dentro de unas comarcas rurales en las que la mayor parte de la población activa se empleaba ya en otros sectores; véase Collantes (2019: 99-106).

70 Del Molino (2016: 53).

gración del último soriano, el último conquense y el último turolense, ya están detrás de nosotros y las predicciones más sombrías no se han cumplido. No se trata solo, ni principalmente, de la cautela introducida por Nadal: que las capitales provinciales sí escaparían a ese destino. También las zonas rurales han resistido, moderando sus pérdidas poblacionales y experimentando a veces inesperados repuntes. La historia es común al conjunto de la España rural. Aunque distintas vías de medición del cambio demográfico rural ofrecen diferentes resultados (cuadro 3), la imagen de conjunto es clara: en la década de 1990, la despoblación había perdido ya mucho ritmo y, en los primeros años del nuevo milenio, la población de las zonas rurales españolas volvió a crecer con una rapidez inusitada, superior incluso a la habitual durante la larga fase de crecimiento que había concluido en 1950. Aunque las pérdidas poblacionales han vuelto tras el estallido de la Gran Recesión (y en algunos casos con magnitudes muy apreciables), el balance de conjunto de las últimas décadas no casa bien con la imagen tantas veces proyectada de un medio rural abocado sin remedio a la despoblación completa. Los municipios con menos de 10.000 habitantes todavía acogían en 2016 a unos 9 millones de residentes, una cifra que de hecho era algo superior incluso a la de un cuarto de siglo atrás. Una definición más restrictiva de la ruralidad, como la de los economistas del Banco de España que excluyen a todos aquellos municipios envueltos en algún tipo de «área urbana funcional», nos habla aun así de casi 6 millones de habitantes rurales en 2018, a comparar con 6,2 millones en 1991.⁷¹

Un cambio importante han sido las llamativas contra-corrientes que han ido instalando nuevos pobladores en el espacio rural.⁷² La primera de estas estaba compuesta por poblaciones de origen urbano que, enfrentadas a un mercado inmobiliario cada vez menos propicio, decidían instalarse en zonas rurales, en muchas ocasiones apresuradamente reconvertidas en periferias residenciales de las ciudades. Aunque esto supuso (por supuesto) la incorporación de no pocos espacios rurales a lo que en realidad eran grandes áreas urbanas en expansión, también revitalizó la demografía de pueblos y comarcas que no por ello perdieron su modesta escala. El cambio de fase fue remachado por una segunda contra-corriente: la compuesta por inmigrantes procedentes de otras partes del mundo, en particular América Latina, el Magreb y Europa oriental. En la década previa a la Gran Recesión, esta contra-corriente alcanzó una magnitud extraordinaria y desplegó sus efectos sobre una proporción incluso mayor de comarcas rurales.

71 Gutiérrez *et al.* (2020). Como estos mismos autores reconocen, las pérdidas demográficas posteriores a la Gran Recesión (que, en su estimación, alcanzan una velocidad comparable a la de la época "clásica" del éxodo rural) deben interpretarse en relación con el extraordinario crecimiento de los años previos.

72 Collantes y Pinilla (2019: 176-188), Collantes *et al.* (2014).

Cuadro 3
La evolución de la población rural española, 1991-2018

	Población (millones)				Tasa de variación acumulativa anual (%)			
	(A)	(B)	(C)	(D)	(A)	(B)	(C)	(D)
1990/91	9,7	8,2	8,4	6,2				
2000/01	9,7	8,6	8,3	6,0	0,0	0,4	-0,1	-0,4
2008/11	10,1		9,2	6,3	0,4		1,3	0,5
2016/18			9,1	5,9			-0,2	-0,9

(A): municipios que tenían menos de 10.000 habitantes en la fecha correspondiente

(B): municipios que se mantuvieron con menos de 10.000 habitantes durante todo el siglo XX (Canarias excluidas)

(C): municipios que se mantuvieron con menos de 10.000 habitantes durante todo el periodo 1991-2016 (Canarias excluidas)

(D): municipios con menos de 10.000 habitantes no pertenecientes a un «área urbana funcional» (menos de un 15% de su población ocupada en la ciudad principal y/o frontera no compartida con otros municipios del área funcional)

Fuentes: (A): Naciones Unidas (2018); (B) y (C): Collantes y Pinilla (2019: 48, 215); (D): Gutiérrez et al. (2020: 18).

Paralelamente, estaban teniendo lugar cambios en la geografía de la actividad económica que abrían nuevas oportunidades a los espacios rurales. En la era de la revolución de la información y las comunicaciones, había más margen para que algunos segmentos de las cadenas de valor se localizaran en polígonos empresariales situados en zonas rurales, donde el coste de instalación era menor que en polígonos urbanos más congestionados. A esto hay que añadir el creciente atractivo que algunas comarcas rurales presentaban desde el punto de vista turístico, en un momento en que en este sector la demanda interna estaba comenzando a diversificarse considerablemente. Los cambios residenciales y empresariales terminaron reforzándose entre sí, creando nuevos nichos de viabilidad para actividades como la construcción o los servicios de proximidad, que expandían las oportunidades laborales para la población local. En otras palabras, la economía rural estaba muy lejos de continuar gravitando en torno a una agricultura de baja productividad y bajos ingresos.⁷³

La cuestión de fondo es que, en los términos del economista Gunnar Myrdal, la industrialización y la urbanización del país no solo generaban efectos de polarización sobre las áreas rurales: también generaban efectos de difusión.⁷⁴ Por supuesto, estos efectos de difusión se han manifestado de manera muy desigual a lo largo del tiempo y el espacio. Aquellas comarcas que se encuentran cerca de ciudades grandes y dinámicas se han beneficiado en mayor medida de la llegada de nuevos pobladores y proyectos empresariales que aquellas otras que presentan una localización más remota. No es

⁷³ Es por ello que los motivos residenciales sugeridos por Prados de la Escosura (2003: 208) no son los únicos (ni principales) por los que la población rural ha terminado cayendo más rápidamente que la población activa agraria. Sobre la desagrarización de la sociedad rural, Collantes (2007; 2020).

⁷⁴ Myrdal (1957).

igual tampoco la intensidad alcanzada por las contra-corrientes durante el periodo de crecimiento económico comprendido entre mediados de los años noventa y el estallido de la Gran Recesión que su dinámica posterior a 2008, marcada por la paralización del mercado inmobiliario y la reversión de los flujos migratorios. En la parte final de la década de 2010 había signos de todos modos de que estas dinámicas estaban reactivándose, e incluso hay quien ha especulado con que las secuelas de la pandemia de covid-19 podrían reforzarlas.⁷⁵

Si algo nos revelan estos contrastes e incertidumbres es hasta qué punto no podía proyectarse hacia el futuro una única senda de declive rural irreversible. La historia reciente de la población rural ha sido más agitada y ziz-zagueante de lo que Nadal podía suponer. Hoy sabemos que ello forma parte de un cambio más amplio de régimen demográfico en el tramo final del siglo XX: la «segunda transición demográfica», la «contraurbanización», la tendencia hacia una cierta des-jerarquización de los sistemas urbanos... Pero estos cambios de trayectoria no podían estar en el horizonte de un demógrafo histórico español que escribía en la década de 1960. Tampoco eran tan evidentes ni estaban tan consolidados cuando, veinte años después, Nadal actualizaba *La población española* con datos más recientes. Comprensiblemente, su marco de referencia era el contraste entre la demografía antigua y la moderna, al estilo de la *Historia económica de la población mundial* de Carlo Maria Cipolla.⁷⁶ No sería hasta finales de la década de 1990 cuando nuevos trabajos históricos de síntesis comenzarían a presentar la nueva senda de cambio demográfico, forjada sobre la base de la «modernización» del siglo previo pero moviéndose ya en direcciones diferentes.⁷⁷

En lo que a la dinámica de la población rural se refiere, vislumbrar un posible cambio de fase con respecto al éxodo «clásico» habría requerido de Nadal una familiaridad con investigaciones como las que el sociólogo Brian Berry había realizado recientemente para Estados Unidos.⁷⁸ Berry hablaba de «contraurbanización» para referirse al paso a distribuciones menos concentradas de la población, con posibles ganancias demográficas para los espacios rurales, y comenzaban a realizarse estudios similares para otros países desarrollados. Sin embargo, se trataba aún de una literatura emergente y muy especializada. Quizá de manera más factible, Nadal podría haberse apoyado en el valioso estudio publicado por el geógrafo Tomàs Vidal a finales de los años setenta, y en el que podía apreciarse una apreciable recuperación demográfica de los municipios pequeños catalanes durante el segundo franquismo.⁷⁹ Pero esta recuperación era muy matizable (estaba liderada por unos pocos municipios próximos a Barcelona) y sugería límites en la metodología empleada (algunos de esos municipios se habían convertido por el camino en auténticas ciudades), razones por las cuales el propio Vidal se había cuidado de subrayar esa pieza de sus resultados. No sería hasta comienzos de la

75 Camarero (2020), Banco de España (2021).

76 Cipolla (1978).

77 Por ejemplo, Bairoch (1997, vol. III: 349-377).

78 Berry (1976).

79 Vidal (1979).

década de 1990, casi una década después de que Nadal completara su revisión de *La población española*, cuando el sociólogo Luis Camarero establecería de manera más firme la idea de que, aun con todo tipo de matices, también en España había comenzado a abrirse una nueva fase en la dinámica demográfica de los asentamientos rurales.⁸⁰

Que Nadal no abriera este plano de análisis en *La población española* es comprensible. La dinámica de la población rural no terminaba de estar en el centro de su análisis (como hemos visto) y, de todos modos, en aquel momento las pruebas empíricas de un posible cambio de fase para la España rural no habían llegado aún. Es menos comprensible que, varias décadas después, nuestro debate público (y en ocasiones también académico) sobre la despoblación acostumbre a dar por hecha una implausible prolongación hasta nuestros días de la fase «clásica» del éxodo rural, con sus grandes corrientes de emigrantes agrarios dirigiéndose hacia unas ciudades en imparable expansión.

CONCLUSIÓN

En 1961, un joven Jordi Nadal se desplazaba desde Barcelona hacia Madrid para participar en una oposición a cátedra que no ganaría. Tiempo después, convertido ya en una figura académica clave, compartiría con su discípulo Vicente Pérez Moreda las sensaciones que en aquel momento le despertó el viaje a través de la España rural interior:

«En más de una ocasión, el profesor Nadal me ha confesado la impresión que habitualmente le provocaba el viaje de Barcelona a la Meseta, a Madrid concretamente, cuando solía hacerlo por vía terrestre, y no por medio del salto sobre el mapamundi en que lo ha convertido en los tiempos actuales la vía aérea ... [Puedo] recordar cómo detallaba sin rodeos algunos de los trazos esenciales del triste panorama que le ofrecía su viaje al centro de la Meseta: prolongadísima duración del trayecto; hosquedad y desolación de un paisaje desprovisto de la acogedora masa arbórea del país catalán; frialdad de la acogida madrileña»⁸¹

El viaje de Nadal a Madrid en 1961 no es una mala metáfora de su relación académica con el tema de la despoblación rural o, más ampliamente, el tema de la dinámica de la población rural. El tema no le resultó ajeno, pero tampoco terminó de alcanzar gran entidad dentro de su obra. Sus incursiones en el mismo fueron en gran medida estaciones de paso hacia otros lugares, como el atraso de la industrialización española durante el siglo XIX largo o la impactante redistribución regional de la población que tuvo lugar durante el segundo franquismo. Esto no puede dejar de condicionar la lectura actual de su obra, y de hecho entraña una importante lección.

El asunto no es que la contribución de Nadal, como cualquier otra, tuviera sus luces y

80 Camarero (1993).

81 Pérez Moreda (1999: 599).

sus sombras. De hecho, las luces no son pocas. Como plantea Nadal, hubo una diferencia de escala notable entre los movimientos migratorios campo-ciudad del siglo XIX y los del siglo XX. Estos últimos, sobre todo a partir de 1950, fueron mucho más potentes y generalizados, y provocaron una llamativa redistribución territorial de la población española. Como también plantea Nadal, y en contra de lo que los historiadores económicos han señalado con cierta frecuencia más adelante, la posguerra de los años cuarenta no fue un periodo de «re-ruralización»: el saldo migratorio entre campo y ciudad continuó siendo favorable a esta, y el crecimiento de la población rural se debió (como en décadas anteriores) al saldo vegetativo. Desde el punto de vista analítico, finalmente, Nadal pone el énfasis durante la mayor parte del tiempo en el papel que la demanda urbana de mano de obra desempeña a la hora de atraer a unas poblaciones rurales que cuentan con niveles de ingreso relativamente bajos.

Las sombras, por su parte, pueden y deben contextualizarse. En ocasiones Nadal se apoyaba en un paradigma historiográfico, el de la revolución agraria como supuesta precondition de la revolución industrial, que era dominante entonces pero hoy ya no. Esto hace que el énfasis que en ocasiones pone el Nadal historiador económico (en realidad no el Nadal historiador de la población) en la dinámica del sector agrario como posible propiciadora de la emigración rural aparezca hoy un tanto sobredimensionado, sobre todo en lo que se refiere al supuesto obstáculo que una agricultura de baja productividad suponía para la emigración del campo a la ciudad. También hay que tener en cuenta que Nadal escribió *La población española* cuando España estaba viviendo el apogeo de los cambios habitualmente amalgamados bajo el paraguas de la «modernidad». Tardarían un tiempo en manifestarse con cierta claridad los indicios de un régimen demográfico distinto. Esto, en el caso de la población rural, echaría por tierra las predicciones más pesimistas acerca de una despoblación imparable y eventualmente extrema.

Más allá de estas luces y sombras, la principal lección que hoy podemos extraer de este recorrido por la obra de Jordi Nadal es que, con independencia de los sesgos que inevitablemente padecemos todos por estar inmersos en nuestro contexto, es importante analizar la dinámica de la población rural como un tema interesante en sí mismo. Buena parte del análisis que encontramos en Nadal sobre la cuestión va en realidad camino de otra parte. Sus reflexiones más conocidas sobre la emigración campo-ciudad durante el siglo XIX largo son una pieza dentro de una argumentación más general acerca de los frenos agrarios al desarrollo industrial. Sus aportaciones sobre el siglo XX, y especialmente sobre el segundo franquismo, se diluyen rápidamente en un relato acerca de la redistribución de la población española entre unas y otras provincias. Sería injusto perder de vista estas posiciones periféricas. Pero, si para algo deben servir, es para tomar conciencia de una realidad que hoy día es por desgracia ubicua: los límites de las aproximaciones que pretenden encuadrar la cuestión rural dentro de otras agendas.

Durante la mayor parte de la historia de nuestra democracia, los departamentos encargados de la política agraria (desde las consejerías autonómicas hasta Bruselas, pasando por Madrid) han buscado encuadrar la cuestión rural dentro de su ámbito, con

pobres resultados.⁸² Hoy día la cuestión rural corre el peligro de ser igualmente instrumentalizada por diversos gobiernos regionales dentro de la agenda englobante de la financiación autonómica. En una suerte de irónica continuidad, el principal resultado político que hasta ahora ha tenido la «revuelta de la España vaciada» se mantiene a la misma escala provincial a la que Nadal desarrolló buena parte de su análisis: la entrada en el Parlamento de un diputado que representa (una determinada interpretación de) los intereses del conjunto de la provincia de Teruel y cuyo apoyo electoral fue, de hecho, muchísimo mayor en Teruel capital que en las zonas rurales (primera fuerza política en la capital, tercera en el resto de la provincia). Pero tanto la investigación académica sobre la despoblación de las zonas rurales como el desafío práctico de fomentar su desarrollo mediante políticas públicas requieren que, antes de nada, situemos a la población rural, con sus tendencias, sus problemas, sus proyectos, sus comarcas y pueblos, en el centro del cuadro. La eclosión del debate público sobre la despoblación ha hecho que estos dejen de ser “lugares que no importan”, por emplear la expresión del geógrafo Andrés Rodríguez-Pose.⁸³ Ahora la cuestión es: ¿conseguirán ser lugares que importen en sí mismos?

82 Collantes (2020).

83 Rodríguez-Pose (2018).

REFERENCIAS

- AYUDA, M.I. Y PINILLA, V. (2002): «El proceso de desertización demográfica de la montaña pirenaica en el largo plazo: Aragón». *Ager. Revista de estudios sobre despoblación y desarrollo rural*, 2, pp. 101-138.
- BAIROCH, P. (1969: 1983): «La agricultura y la revolución industrial, 1700-1914», en C. M. Cipolla (ed.), *Historia económica de Europa, 3. La Revolución industrial*, Barcelona, Ariel, pp. 464-616.
- (1997): *Victoires et déboirs: histoire économique et sociale du monde du XVI^e siècle à nos jours*, París, Gallimard.
- BANCO DE ESPAÑA (2021): *Informe anual 2020*, Madrid, Banco de España.
- BARCIELA, C., LÓPEZ, M. I., MELGAREJO, J. y MIRANDA, J. A. (2000): *La España de Franco (1939-1975): economía*, Madrid, Síntesis.
- y LÓPEZ, M. I. (2003): «El fracaso de la política agraria del primer franquismo, 1939-1959. Veinte años perdidos para la agricultura española», en C. Barciela (ed.), *Autarquía y mercado negro: el fracaso económico del primer franquismo, 1939-1959*, Barcelona, Crítica, pp. 55-94.
- BERRY, B. J. L. (1976): *Urbanization and counterurbanization*, Beverly Hills, Sage.
- CAMARERO, L. (1993): *Del éxodo rural y el éxodo urbano: ocaso y renacimiento de los asentamientos rurales en España*, Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.
- (2020): «Despoblamiento, baja densidad y brecha rural: un recorrido por una España desigual», *Panorama Social*, 31, pp. 47-73.
- CARRERAS, A. (2004): «Nota bibliográfica: Leandro Prados de la Escosura. *El progreso económico de España (1850-2000)*», *Revista de Historia Económica*, 22 (2), pp. 501-514
- y TAFUNELL, X. (2018): *Entre el imperio y la globalización: historia económica de la España contemporánea*, Barcelona, Crítica.
- CIPOLLA, C. M. (1978): *Historia económica de la población mundial*, Barcelona, Crítica, 2000.
- CLAR, E. y PINILLA, V. (2009): «Agriculture and economic development in Spain, 1870-1973», en P. Lains y V. Pinilla (eds.), *Agriculture and economic development in Europe since 1870*, Abingdon, Routledge, pp. 311-332.
- COLLANTES, F. (2001): «La migración en la montaña española, 1860-1991: construcción de una serie histórica», *Revista de Demografía Histórica*, 19 (1), pp. 1059138.
- (2004a): *El declive demográfico de la montaña española (1850-2000): ¿un drama rural?*, Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.

- (2004b): «Las disparidades educativas en la España rural contemporánea, 1860-2000: un análisis comparado de las comarcas montañosas», *Revista de Demografía Histórica*, 22 (2), pp. 45-52.
- (2007): «La desagrarización de la sociedad rural española, 1950-1991», *Historia Agraria*, 42, pp. 251-276.
- (2019): *¿Capitalismo coordinado o monstruo de Frankenstein? La Política Agraria Común y el modelo europeo, 1962-2020*, Santander, Universidad de Cantabria.
- (2020): «Tarde, mal y... ¿quizá nunca? La democracia española ante la cuestión rural», *Panorama Social*, 31, pp. 15-32.
- y PINILLA, V. (2019): *¿Lugares que no importan? La despoblación de la España rural desde 1900 hasta el presente*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza.
- y PINILLA, V., SÁEZ, L. A. y SILVESTRE, J. (2014): «Reducing depopulation in rural Spain: the impact of immigration», *Population, Space and Place*, 20 (7), pp. 606-621.
- DAUMAS, M. (1976): *La vie rurale dans le Haut Aragón oriental*, Madrid, CSIC.
- DE VRIES, J. (1984): *European urbanization 1500-1800*, Londres, Methuen.
- DEL MOLINO, S. (2016): *La España vacía: viaje por un país que nunca fue*, Madrid, Turner.
- ERDOZÁIN, P. y MIKELARENA, F. (1996): «Algunas consideraciones acerca de la evolución de la población rural en España en el siglo XIX», *Noticiario de Historia Agraria*, 12, pp. 91-118.
- y MIKELARENA, F. (1999): «Las cifras de activos agrarios de los censos de población españoles del periodo 1877-1991. Un análisis crítico», *Boletín de la Asociación de Demografía Histórica*, 17 (1), pp. 89-113.
- FONTANA, J. y NADAL, J. (1976): «España 1914-1970», en C. M. Cipolla (ed.), *Historia económica de Europa, VI (2): Economías contemporáneas*, Barcelona, Ariel, 1980, pp. 95-163.
- GALLEGO, D. (2001): «Historia de un desarrollo pausado. Integración mercantil y transformaciones productivas de la agricultura española (1800-1936)», en J. Pujol, M. González de Molina, L. Fernández Prieto, D. Gallego y R. Garrabou, *El pozo de todos los males: sobre el atraso en la agricultura española contemporánea*, Barcelona, Crítica, pp. 147-214.
- GARRUÉS-IRURZUN y IRIARTE-GOÑI, I. (2022): «Rural electrification in Spain: territorial expansion and effects on the agricultural sector (c. 1900–c. 2000)», *Rural History*, doi:10.1017/S0956793322000218.
- GOERLICH, F. J. y CANTARINO, I. (2015): «Estimaciones de la población rural y urbana a nivel municipal», *Estadística Española*, 57 (186), pp. 5-28.
- GURRÍA, J. L. (1985): *El paisaje de montaña en Extremadura (delimitación, economía y población)*, Cáceres, Universidad de Extremadura.

- GUTIÉRREZ, E., MORAL-BENITO, E. y RAMOS, R. (2020): «Tendencias recientes de la población en las áreas rurales y urbanas de España», Banco de España, Documentos Ocasionales, n.º 2027.
- JIMÉNEZ BLANCO, J. I. (1986): «Introducción», en R. Garrabou, C. Barciela y J. I. Jiménez Blanco (eds.), *Historia agraria de la España contemporánea, 3. El fin de la agricultura tradicional (1900-1960)*, Barcelona, Crítica, pp. 9-141.
- KUZNETS, S. (1966): *Crecimiento económico moderno*, Madrid, Aguilar, 1973.
- LAINS, P. y PINILLA, V. (eds.) (2009): *Agriculture and economic development in Europe since 1870*, Abingdon, Routledge.
- MARTÍNEZ ALIER, J. (1968): *La estabilidad del latifundismo: análisis de la interdependencia entre relaciones de producción y conciencia social en la agricultura latifundista de la Campiña de Córdoba*, París, Ruedo Ibérico.
- MAYER, A. J. (1981): *La persistencia del Antiguo Régimen*, Madrid, Alianza, 1984.
- MYRDAL, G. (1957: 1962): *Teoría económica y regiones subdesarrolladas*, México D.F., Fondo de Cultura Económica.
- NACIONES UNIDAS (2018): *World urbanization prospects: the 2018 revision*, edición online.
- NADAL, J. (1966): *La población española (siglos XVI a XX)*, Barcelona, Ariel, 1973.
- (1975): *El fracaso de la Revolución industrial en España, 1814-1913*, Barcelona, Ariel.
- (1984a): «El fracaso de la revolución industrial en España. Un balance historiográfico», en *Moler, tejer y fundir: estudios de historia industrial*, Barcelona, Ariel, 1992.
- (1984b): *La población española (siglos XVI al XX)*, Barcelona, Ariel (cuarta edición aumentada y corregida), 1988.
- NAREDO, J. M. (1971): *La evolución de la agricultura en España: desarrollo capitalista y crisis de las formas de producción tradicionales*, Barcelona, Estela.
- NÚÑEZ, C. E. (1993): *La fuente de la riqueza: educación y desarrollo económico en la España contemporánea*, Madrid, Alianza.
- PANIAGUA, Á. (2016): «Visiones en off de la despoblación rural en el franquismo», *Ager*, 20, pp. 139-160.
- PÉREZ MOREDA, V. (1999): «Viajes de Madrid a Barcelona en el siglo XVIII, y de Barcelona a Madrid en el XX», en A. Carreras, P. Pascual, D. Reher y C. Sudrià (eds.), *Doctor Jordi Nadal: la industrialización y el desarrollo económico de España*, Barcelona, Universitat de Barcelona, pp. 599-607.
- PRADOS DE LA ESCOSURA, L. (2003): *El progreso económico de España (1850-2000)*, Bilbao, Fundación BBVA.

- y SÁNCHEZ ALONSO, B. (2020): «Dos siglos de moderno crecimiento económico en España», *Papeles de Economía Española*, 164, pp. 2-14.
- PUJOL, J. y FERNÁNDEZ PRIETO, L. (2001): "El cambio tecnológico en la historia agraria de la España contemporánea", *Historia Agraria*, 24, pp. 59-86.
- RECAÑO, J. (2017): «La sostenibilidad demográfica de la España vacía», *Perspectives Demographiques*, 7, pp. 1-4.
- REHER, D. S. (1988): *Familia, población y sociedad en la provincia de Cuenca, 1700-1970*, Madrid, CSIC / Siglo XXI.
- (2003): «Perfiles demográficos de España, 1940-1960», en C. Barciela (ed.), *Autarquía y mercado negro: el fracaso económico del primer franquismo, 1939-1959*, Barcelona, Crítica, pp. 1-26.
- RODRÍGUEZ-POSE, A. (2018): «The revenge of the places that don't matter (and what to do about it)», *Cambridge Journal of Regions, Economy and Society*, 11 (1), pp. 189-209.
- ROSÉS, J. R. y SÁNCHEZ ALONSO, B. (2003): «Regional wage convergence in Spain, 1850-1930», *Explorations in Economic History*, 41 (4), pp. 404-425.
- SÁNCHEZ ALONSO, B. (2000): «Those who left and those who stayed behind. Explaining emigration from the regions of Spain, 1880-1914», *Journal of Economic History*, 60 (3), pp. 730-755.
- SÁNCHEZ-ALBORNOZ, N. (1968): *España hace un siglo: una economía dual*, Barcelona, Península.
- SILVESTRE, J. (2001): «Viajes de corta distancia: una visión espacial de las migraciones interiores en España», *Revista de Historia Económica*, 19 (2), pp. 2417-283.
- (2005): «Internal migrations in Spain, 1877-1930», *European Review of Economic History*, 9 (2), pp. 233-265.
- (2007): «Temporary internal migrations in Spain, 1860-1930», *Social Science History*, 31 (4), pp. 539-574.
- AYUDA, M. I. y PINILLA, V. (2015): «The occupational attainment of migrants and natives in Barcelona, 1930», *Economic History Review*, 68 (3), pp. 985-1015.
- SIMIAND, F. (1903: 1985): "Historical method and social science", *Review*, 9 (2), pp. 162-213.
- TAFUNELL, X. (2005): «Urbanización y vivienda», en A. Carreras y X. Tafunell (coords.), *Estadísticas históricas de España, siglos XIX-XX*, Bilbao, Fundación BBVA, pp. 455-502.
- VIDAL, T. (1979): «Èxode rural i problemàtica demospacial a Catalunya (1860-1970)», *Estudis d'Història Agraria*, 2, pp. 193-207.